



DANI RODRIK

*Straight Talk on Trade. Ideas for a sane world economy.*

Princeton University Press, 2018, 316 págs.

El libro arranca con una pregunta provocativa: ¿Son los economistas responsables de la impactante victoria de Donald Trump en las elecciones presidenciales de EE. UU.? En opinión del autor, los economistas en su afán por defender las virtudes del libre comercio olvidaron la “letra pequeña” (los fallos del mercado). Llega a afirmar que si existen demagogos que ganan poder con afirmaciones absurdas es, en parte, gracias a los académicos impulsores del comercio. De hecho, el libro, en su conjunto, es una acusación a los economistas que no han sabido presentar una discusión equilibrada, no sólo en el ámbito del comercio internacional, sino en temas claves como la globalización financiera, el euro, o las estrategias de desarrollo. Básicamente, los capítulos ordenan y recopilan buena parte del material que el autor había publicado para *Project Syndicate* ([www.project-syndicate.org](http://www.project-syndicate.org)) con fines divulgativos.

Dani Rodrik, profesor en Harvard y uno de los economistas más citados del mundo, alcanzó cierta popularidad cuando planteó la existencia de un trilema. Lo hizo en un artículo titulado “How Far Will International Economic Integration Go?”, publicado en el año 2000 en el *Journal of Economic Perspectives*. Entonces hablaba de la imposibilidad de mantener simultáneamente la integración económica, los estados-nación, y los regímenes políticos altamente participativos. La idea la presentó, desde una perspectiva histórica, en su libro *The Globalization Paradox*, editado en 2011. Y, finalmente, en la obra que estamos comentando, el trilema se reduce a la necesidad de elegir dos de estos tres conceptos: hiperglobalización, democracia y soberanía nacional. Rodrik deja claro que prefiere abandonar la hiperglobalización. En realidad, utiliza con cierta frecuencia el término *hyperglobalization* sugiriendo la existencia de una globalización *excesiva*, con connotaciones peyorativas, frente a una globalización *moderada* que conllevaría efectos beneficiosos. No es, ni mucho menos, una apología del proteccionismo sino, más bien, una defensa del equilibrio entre la apertura económica y la capacidad de gestión de los gobiernos nacionales. Frente a la idea de que los estados nacionales deben perder protagonis-

mo ante la globalización, que exigiría normas e instituciones globales, Rodrik defiende su vitalidad como entidades jurisdiccionales que pueden satisfacer adecuadamente las distintas preferencias y necesidades que manifiestan las diferentes sociedades. Este es, en última instancia, el principal argumento contra la armonización institucional a nivel mundial y para la justificación de la diversidad de políticas en cada país.

El trilema tiene la referencia más clara en el caso de la Unión Europea. Si el objetivo es mantener la democracia, los líderes políticos deben renunciar a la soberanía nacional o aceptar la desintegración económica. Es decir, o se acepta más unión política o admitimos menos unión económica. La victoria de Macron en Francia, quizás, sea el preludio de una nueva generación de líderes y formaciones políticas que logren entusiasmar a la ciudadanía con un proyecto europeo reformado. Ahora bien, nos advierte Rodrik, también existe la posibilidad de que en Berlín y en París, los economistas y los abogados estén preparando un plan secreto para desplegarlo el día en que el aflojamiento de la unión económica ya no pueda posponerse.

Respecto a los países de baja renta, Rodrik formula dos preguntas relacionadas: ¿deberían imitar el modelo histórico de desarrollo de los países más avanzados? ¿esa estrategia es factible? Según su argumentación, ni los trabajadores deben renunciar a sus derechos laborales en favor del desarrollo (y, en este sentido, la historia de los países, hoy industrializados, no debe ser una guía) ni la estrategia de desarrollo, basada en el trasvase de población desde la agricultura a la industria, que eleva la productividad global, es aplicable a los países pobres. El cambio estructural se habría pervertido en buena parte de América Latina, Asia y África. En estas zonas el crecimiento económico no está basado en industrias en las que participan grandes y medianas empresas productivas, sino en el desarrollo de los servicios prestados por pequeñas empresas tradicionales que operan en el sector informal.

El problema se complica cuando se añade la dimensión institucional. Como enfáticamente señala el autor, un país pobre puede competir con Suecia en la producción de una amplia gama de manufacturas, pero le llevaría muchas décadas, si no siglos, en tener sus mismas instituciones. En este sentido, distingue entre *democracias electorales*, aquellas en las que sólo se respetan los derechos políticos, es decir, aquellas que permiten el juego electoral para determinar los que van a ejecutar las políticas, de las *democracias liberales* en las que, además, se respetan los derechos civiles que garantizan la igualdad de las personas en el acceso a los bienes públicos (justicia, seguridad, educación, salud). En la actualidad, la inmensa mayoría de los países que, en las últimas décadas, se convirtieron en democráticos serían, simplemente, democracias electorales. Esta “degradación” de la democracia, no sólo afecta a los derechos humanos y a las libertades civiles, sino que tendría costes económicos. ¿Cómo explicar –se pregunta Rodrik– *que casi todos los países ricos sean democracias liberales*? El libro está lleno de preguntas retóricas. Después de repasar las dificultades de los países pobres para imitar la trayectoria de los países

hoy desarrollados, defiende la pertinencia de estrategias de desarrollo “heterodoxas” basadas en las peculiaridades institucionales de cada caso. Igual que existen diversas formas institucionales para apoyar al mercado, también existirían diversas instituciones para apoyar la democracia liberal. No obstante, se reconoce que esta última afirmación se justifica, no porque se puedan encontrar muchos ejemplos ilustrativos, sino, simplemente, por mantener una visión optimista sobre las perspectivas de la democracia liberal.

A mitad de libro, aproximadamente, se centra la discusión en el papel de los economistas y de sus modelos en la globalización “enfermiza” que estaríamos padeciendo. Este debate nos es nuevo. En los primeros capítulos de cualquier manual elemental de Economía podemos encontrar la clásica discusión sobre la influencia que desempeñan los economistas en la elaboración de las políticas económicas aplicadas por los gobernantes. Para Rodrik, los economistas que han entrado en el debate político han olvidado que la Economía no proporciona una serie predeterminado de prescripciones políticas sino, más bien, un conjunto de respuestas que están altamente condicionadas por el contexto en que se formulan: “prácticamente no existe ninguna cuestión en Economía para la que la respuesta ‘depende’ no sea la correcta”. Esta idea ha sido reconocida, de distintas formas, por multitud de economistas a lo largo de la historia. La Economía se ocupa del comportamiento humano que está condicionado por el marco social e institucional. Según Rodrik, ha sido un error exagerar los beneficios de la globalización y ocultar sus costes para no dar argumentos a los “bárbaros proteccionistas”. El resultado ha sido que los economistas, en vez de ser vistos como profesionales que manejan argumentos objetivos, son considerados como representantes de las grandes corporaciones que manipulan en su beneficio las propias reglas en las que se basa el comercio exterior. Las críticas a los economistas han sido frecuentes desde que, a finales del siglo XIX, empezaron a utilizar técnicas matemáticas y estadísticas con pretensiones científicas a través de la construcción de modelos. La Economía es, en realidad, una caja de herramientas, con muchos modelos. Sobre esa base, se construyen proposiciones del tipo “si-entonces”. La competencia del economista se fundamenta en su habilidad para elegir el modelo más adecuado para cada situación. En este sentido, siguiendo la conocida metáfora del filósofo Isaiah Berlin, Rodrik apunta que no se necesitan *erizos*, seducidos por una sola idea que aplican indiscriminadamente para la comprensión del mundo, sino que se precisan *zorros*, que tienen muchos puntos de vistas, a veces contradictorios, sobre la realidad.

Para subrayar la importancia de las ideas económicas en el ámbito de la política reproduce la famosa cita de J.M. Keynes: “los hombres prácticos, que se creen exentos por completo de cualquier influencia intelectual, son generalmente esclavos de algún economista difunto”. Según Rodrik, quienes atribuyen la crisis financiera mundial de 2008-2009 al poder de los grandes bancos pasan por alto el papel legitimador desempeñado por los propios economistas. Fueron los economistas y sus ideas los que hicieron que los legisladores y los reguladores creyeran que lo que es bueno para *Wall Street* (los financieros) es bueno

para *Main Street* (los ciudadanos). Las ideas de los economistas están implícitas en sus modelos y cuando plantean un simple problema de optimización. Las *preferencias* son ideas sobre lo que somos y lo que perseguimos. Las *restricciones* se configuran con ideas sobre el funcionamiento del mundo. Y las *variables* están determinadas por ideas sobre las herramientas que tenemos a nuestra disposición. En este contexto, los problemas de la globalización, el crecimiento económico y la inclusión social requieren ideas y soluciones imaginativas.

Rodrik afirma que las propuestas convencionales que buscan compensar a los perdedores de la globalización o mejorar la gobernanza global no nos conducen en la dirección correcta. Y argumenta a favor de un nuevo modelo de gobernanza global *light* más respetuoso con las prioridades de la política interna de cada país. El principio de subsidiariedad nos proporcionaría la guía que necesitamos para saber qué políticas deben coordinarse globalmente y cuáles deben seguir diseñándose a nivel nacional. Aquellas políticas (como la educativa) que no provocan efectos desbordamientos entre fronteras nacionales podrían quedar en manos de los estados. En cambio, aquellas otras (como las que afectan al cambio climático) cuyo resultado final depende de la actuación conjunta de todos los países deberían estar sujetas a reglas diseñadas globalmente. En general, las políticas que “empobrecen al vecino” deberían regularse a nivel global, mientras que las que “empobrecen a uno mismo” deberían quedar en manos de los estados nacionales. En opinión del autor, se ha empleado demasiado esfuerzo en tratar de regular los asuntos comerciales y financieros, que afectan fundamentalmente a los países individualmente, y muy poco en las políticas que provocan desequilibrios macroeconómicos que trascienden las fronteras nacionales.

También explica los principios en los que debería construirse un consenso sobre la gobernanza global: los mercados deben incorporarse al sistema de gobernanza, es decir, necesitan ser regulados a nivel global de forma similar a como se hace a nivel nacional; la gobernanza global debería legitimarse respaldando los procedimientos democráticos nacionales; no existe un único camino hacia la prosperidad y, por tanto, debería reconocerse el valor de la diversidad institucional; los países tienen derecho a proteger sus propias regulaciones e instituciones; los países no tienen derecho a imponer sus instituciones a los demás; los acuerdos económicos internacionales deben establecer “reglas de tráfico” para gestionar la interacción entre instituciones nacionales sin tratar de imponer la “utilización de un automóvil único y un límite de velocidad uniforme”; y, por último, los países no democráticos no pueden contar con los mismos derechos y privilegios en el orden económico internacional que las democracias. En este contexto, los conflictos comerciales con China o con otros países deberían ser una oportunidad para buscar la “democratización” del régimen comercial mundial y el beneficio de todos los países, ricos y pobres. Según Rodrik, deberíamos dejar de perseguir la quimera de la gobernanza global y expresar las preferencias a nuestros gobiernos nacionales con una conciencia global. En cualquier caso, la democracia debería revitalizarse.

El último capítulo se titula “Es la política, estúpido”. En efecto, el énfasis está en la política y no en la economía. Si el populismo está ganando terreno es porque los políticos convencionales no ofrecen soluciones que dejen lugar a la esperanza. Lo que se necesita, según Rodrik, no son ajustes superficiales y pequeñas modificaciones de las políticas existentes, sino una ingeniería institucional radical que aborde reformas a gran escala sobre la forma en que funcionan las economías a escala global y local. *Señores políticos moderados, tomen nota*. Con esta frase *última frase* termina el libro.

Dani Rodrik tiene la solvencia académica necesaria para conseguir divulgar sus ideas sobre un tema tan complejo como la globalización y los factores políticos y económicos que la condicionan. Su obra consigue ofrecer un relato alternativo a la opinión, supuestamente dominante, sobre la inevitable globalización, la pérdida de protagonismo de los estados nacionales, y las virtudes del libre comercio y del avance tecnológico. Son ideas, como indica el subtítulo del libro, para *economía mundial sensata*. Se aprecia, constantemente, un esfuerzo por ofrecer una visión ecuaníme poniendo en evidencia tanto a los defensores de la hiperglobalización como a los populistas, tanto de izquierdas como de derechas, que amenazan a las democracias liberales. Unos quizás echen en falta un mayor reconocimiento de los beneficios de la globalización, otros, probablemente, una crítica más clara al poder de las élites financieras o un tratamiento de los costes de los movimientos migratorios incontrolados, según el caso.

Para terminar, no me resisto a contestar a la pregunta inicial de Rodrik: los economistas no somos responsables de la llegada de Trump al poder. Los economistas, como cualquier otro profesional, aspiramos a desarrollar nuestro trabajo de una manera honesta y útil para la sociedad. En el ámbito académico discutimos la pertinencia de los modelos que construimos para explicar y predecir la realidad. Algunos economistas deciden participar en el debate político y allí encontramos, por supuesto, una diversidad de opiniones y la de Rodrik es una más, aunque muy autorizada.

Beatriz Benítez-Auriolas  
University College London





Francisco Rodríguez Ortiz  
*A Second Chance for Europe*  
*Europa. Entre el estancamiento, la recuperación, los*  
*nacionalismos y el populismo*  
 Editorial Athenaica, 2018

Este es el primer libro de una nueva colección dedicada a temas europeos, de Athenaica Ediciones Universitarias. Pero el autor, Francisco Rodríguez Ortiz, cuenta ya con una muy amplia y reconocida trayectoria bibliográfica (véase, como ejemplo, *Revista de Economía Mundial*, n° 41, pp. 263-266).

Por decirlo en pocas palabras: Francisco Rodríguez se ha ganado un lugar central entre los autores españoles que mejor conocen, explican y, sobre todo, critican el proceso de integración monetaria de la UE. Lo ha hecho a lo largo de toda su trayectoria y lo hace en este libro (*Europa. Entre el estancamiento, la recuperación, los nacionalismos y el populismo*), respetando un doble criterio de rigor: a) utilización privilegiada de información técnica ofrecida al lector mediante argumentos coherentes y bien hilados; b) manejo exquisito, generoso y sugerente de bibliografía especializada, en particular de autores franceses no siempre bien conocidos en España por los especialistas que también ponen en cuestión los fundamentos de la integración europea.

Como apunta Luis Gordillo en el prólogo, las soluciones para Europa no pasan por “más Estado” (o por más nacionalismos y fórmulas de populismo), sino por “más integración”. Pero, eso sí, no por la senda de la actual Europa, un “constructo insatisfactorio” (cap. 2), sino a través de un proceso que requiere “otra estrategia, otra política económica, una verdadera coordinación entre la política monetaria y las políticas presupuestarias, así como verdaderos planes de estímulo económico a escala comunitaria”, además de una firme voluntad política que evite, como sucede ahora, la creciente “desafección ciudadana hacia el proyecto de integración” (cap. Conclusiones).

Para avanzar en esa senda, la política monetaria “no puede ser suficiente” si no va acompañada de otras políticas de más amplio espectro y calado. No puede primar en la eurozona “una gobernanza económica débil e inestable, en la que sus miembros han entronizado unas reglas comunes restrictivas aplicables por igual a cada uno de ellos”, como si fueran “Estados federados huérfanos de un Estado federal”, sujetos a la “tutela de los mercados financieros” y a

la dependencia jerárquica (hegemónica) de la “política conservadora alemana”. Pese a las ventajas potenciales de la unión monetaria, “la libre circulación del ahorro, cuando se ha dado, ha podido ser una fuente de disfunciones”, y el “reciclaje de excedentes”, en lugar de funcionar como mecanismo de ajuste, parece obligar a los Estados a “suplir la suficiencia fiscal por endeudamiento”.

Según el autor, el problema de la zona euro (entre otros) radica en que “limita el poder de regulación y actuación contracíclica de los Estados”, sobre todo de los periféricos, pero no avanza en la “constitucionalización de un gobierno económico europeo”, ni involucra a los ciudadanos, lo que puede conllevar un “crecimiento blando”, incluso un “estancamiento secular”, que acentúa las asimetrías, invalida la opción por insistir en las actuales políticas de austeridad, refuerza “el papel adquirido por las finanzas en la creación de valor cada vez más desmaterializada y especulativa”, y abre el camino de los populismos. De los nacionalismos y populismos, porque “niega el concepto de una ciudadanía compuesta por sujetos con diferentes fines y preferencias”.

Al igual que el *ojo de halcón* dictamina en algunas competiciones deportivas de qué lado cae la pelota, Francisco Rodríguez disecciona la esencia y el funcionamiento de la unión monetaria (cap. 1, 3 y 4), colocando a las instituciones comunitarias en el lugar que se merecen. Un lugar poco grato, como cabe concluir a la vista de la situación actual de Europa. O dicho de otro modo, las instituciones de la UE son responsables (co-responsables) de promover un intergubernamentalismo asimétrico, jerarquizado, restrictivo en lo salarial, fiscalmente ineficiente, más orientado a diluir paulatinamente el Estado de Bienestar que a abordar con criterios de estabilidad los problemas de endeudamiento, más volcado en favorecer un estilo de acumulación (financiera) que amplía las desigualdades..., y –¿lo que suscita una mayor perplejidad?– sin preocupación aparente por enriquecer “las formas y contenidos democráticos reales” (cap. 5 y 6).

Esta “perennidad” de la idea de avanzar en una integración que margina a los ciudadanos –y parece ignorar la importancia de vincular la participación democrática a las instituciones de la UE– entraña un gran peligro, porque abre vías cada vez más amplias a los populismos y a los nacionalismos (*¿nacionalitarios?*). Y también porque deja en evidencia los “dramas y pesadillas identitarias” de una Europa envejecida, que pierde peso en el mundo y que se ve abrumada por la globalización y por la marca que impone Alemania al resto de Estados miembros. Pero, sobre todo, deja al descubierto las carencias de un proyecto que requeriría “profundizar en una construcción democrática de Europa”, capaz de superar “el carácter inconcluso, incoherente y socialmente regresivo de una integración concebida en torno a la moneda única”. Porque, la crisis fiscal no es causa sino consecuencia de la crisis financiera, aunque se ha querido confundir “deliberadamente” y en gran medida por “motivos políticos” la causa y el efecto, arrojando como resultado una Europa menos social, basada en la estrategia de devaluación salarial, con Estados mermados y “remercantilizados”, y con una capacidad de acción cada vez más limitada frente a la globalización y a los consorcios transnacionales.



La crisis, las crisis cada vez más profundas, extensas y recurrentes, emergen desde las entrañas del creciente poder de las finanzas (*financiarización*), y su codicia –alimentada por la globalización actual– devora el Estado del Bienestar, dinamita el pacto democrático sobre el que se ha levantado Europa, y amplía las desigualdades y la insostenibilidad a escala planetaria. Por ello, es sorprendente que ante esta situación (diagnóstico, involución...), aquellos que “pretenden rechazar la globalización” y el “pensamiento único” sean “incapaces de alumbrar alternativas viables”, echando más leña al fuego de las opciones nacionalistas y “micronacionalistas”, populistas y a menudo nostálgicas y “pasionales”, “neoproteccionistas” y a veces supremacistas y excluyentes...

El lector interesado encontrará también en este libro datos coyunturales y estructurales sobre las políticas económicas y monetarias de los países de la UE, EE.UU., China, Japón y los países emergentes. Y encontrará, además de esos análisis y precisiones técnicas, un discurso brillante, apoyado siempre en el estímulo que proporciona constatar que *no estamos no solos*, que es falso que no existan alternativas, porque muchos autores también sostienen tesis similares. Opinan, como Francisco Rodríguez Ortiz, profesor de Economía en la Universidad de Deusto, que otra Europa *vale la pena y es posible*. Pero, como no es fácil ni cómodo enfrentarse a la ortodoxia dominante, siempre conviene hacerlo con argumentos sólidos, rigor e insistencia.

*José Antonio Nieto Solís*  
Universidad Complutense de Madrid





BUENDÍA, LUIS AND MOLERO-SIMARRO, RICARDO  
*The political economy of contemporary Spain*  
 Routledge, London and New York, 2018, 160 págs.

El libro editado por Luis Buendía y Ricardo Molero-Simarro es un intento destacable, y muy necesario, de realizar un análisis integral, desde un enfoque plural de economía política, de la dinámica estructural de la economía española en las últimas décadas. En el primer capítulo, a partir de un modelo donde se consideran los determinantes del proceso de acumulación de capital a largo plazo, se desarrolla un análisis de la dinámica macroeconómica desde la etapa de crecimiento a la larga depresión de los últimos años. En dicho estudio, se presta especial atención a la estructura sectorial del proceso de acumulación, afectada significativamente por la formación de la mayor burbuja inmobiliaria en la historia del capitalismo español, concluyéndose que los activos residenciales se convirtieron en los principales vehículos de la valorización del capital. Desde este planteamiento, se sostiene que la crisis deriva de una insuficiente capacidad de generar excedente, de un problema de rentabilidad, que solamente se resolverá cuando la capacidad de generar excedente sea restablecida teniendo en cuenta el stock de capital existente.

En el capítulo segundo, se analiza la evolución de la inserción externa de la economía española, *determinada por las características del patrón de acumulación, su estructura sectorial y, como elemento a destacar, el proceso de endeudamiento externo (que se analiza en el capítulo siguiente)*. Los autores de este segundo capítulo asumen que el tipo de inserción de una economía nacional es expresión de la estructura jerárquica de la economía mundial y su desarrollo desigual. Para el caso europeo, en este sentido, defienden la adopción de las categorías de centro y periferia para analizar cómo la inserción externa de un país conecta con factores internos en la explicación de su dinámica económica. En el trabajo, se concluye que la modalidad de inserción externa de la economía española, aunque emparentada con la de sus socios europeos, mantiene importantes debilidades estructurales, que permiten caracterizarla como una inserción dependiente. Además, sostienen que esta caracterización se encuentra potenciada por una fuerte tendencia al

sobreendeudamiento externo, gracias a las circunstancias establecidas por la unificación monetaria.

La dinámica financiera de la economía española es el objeto de estudio del tercer capítulo. Se analiza el proceso de endeudamiento que provocó una fuerte vulnerabilidad financiera, arrastrando al conjunto de la economía a una prolongada recesión. Además, se considera la gestión de esta crisis de deuda y sus consecuencias. En un libro que goza de una cuidada coordinación entre sus partes, se subraya cómo los desequilibrios financieros son la manifestación más evidente de los límites experimentados por el proceso de acumulación de capital de la economía española, acentuados por el carácter dependiente de su inserción externa. Los autores se basan en un enfoque teórico donde se subraya el papel de la demanda, especialmente de la inversión, en la dinámica cíclica de una determinada economía, asumiendo un estrecho vínculo entre la creación autónoma de dinero por parte del sistema financiero (deuda) y la demanda de gasto de dicha economía. Entre las conclusiones, destacan la singularidad de la vulnerabilidad española, que no se circunscribiría exclusivamente al ámbito financiero (abarcaría otros aspectos, como la frágil inserción externa o la debilidad de la estructura productiva). Además, toman en consideración el papel de la UEM en la formación de dicha vulnerabilidad, además de las limitaciones que impone en la gestión de la crisis de deuda.

En el capítulo cuarto, se cambia la perspectiva. Se abandona el análisis de los determinantes de la dinámica de la economía española, para centrarse en los efectos de dicha dinámica. Concretamente, el estudio se centra en la estructura de las relaciones laborales, antes y después de la recesión. Las autoras analizan el proceso de desregulación de las relaciones laborales, que ha tenido importantes consecuencias en la evolución de la desigualdad de la renta de la economía española (que se analiza en el último capítulo). También se refieren a los procesos de segmentación laboral y de polarización entre los distintos grupos de trabajadores, que se han intensificado en las últimas décadas (especialmente en las últimas reformas laborales). Plantean un escenario de desmantelamiento de la negociación y de la acción colectiva que, además de generar una mayor desigualdad, debilita a los sindicatos. Al final del capítulo, se aboga por medidas de reconversión del modelo productivo, que podrían ayudar a relajar las tensiones que atraviesa el mercado de trabajo español. Entre ellas, apuntan hacia la necesidad de reorientar los sectores intensivos en mano de obra hacia la calidad y la innovación y, por otro lado, fomentar ramas de actividad generadoras de puestos de trabajo, haciendo que las ganancias de competitividad no se apoyen en la reducción de los costes laborales, sino en la mejora progresiva de la innovación, la calidad, la tecnología y la eficiencia en los procesos productivos.

En el quinto capítulo, se aborda la desigualdad de rentas en la economía española. Para ello, se consideran los determinantes de la desigualdad en una economía capitalista y, por otro lado, el impacto redistributivo del Estado y sus resultados en términos de desigualdad personal de la renta, pobreza monetaria y exclusión social. Se parte de considerar que la evolución de estas va-

riables viene determinada, en buena medida, por el proceso de ajuste salarial puesto en marcha en las últimas décadas del siglo XX. Como en otros capítulos del libro, se pone de manifiesto que muchas de las consecuencias negativas de la crisis que ha sufrido la economía española en la última década, no son exclusivas de este período, sino que se explica sobre todo por la vigencia anterior del modelo de crecimiento. Se argumenta que, desde el desencadenamiento de la crisis, la situación se ha agravado como consecuencia de las políticas adoptadas (no tanto del impacto de la recesión). En la última frase del capítulo, los autores defienden que “la atenuación de los niveles de desigualdad requerirá la ruptura con una dinámica de acumulación sometida a las exigencias de la rentabilidad” (pág. 146).

En definitiva, nos encontramos con un texto necesario, riguroso, “bien armado” y que, aunque pluralista en las diferentes perspectivas que adoptan los autores de cada capítulo, mantiene una coherencia teórica que habla positivamente de la calidad del trabajo realizado por los editores. Esperemos que su publicación dé pie a la consolidación y fortalecimiento de un ámbito de reflexión en este campo, que retome el realizado por economistas de generaciones previas en otros períodos decisivos de la economía española, y que permite la apertura de nuevas líneas de investigación que enriquezcan el análisis de este período crucial de nuestra sociedad.

Alfredo Macías Vázquez  
*Universidad de León, España*